

JULIO BORGES JUNYENT

(COORD.)

LA CRISIS ESPIRITUAL DE LA DEMOCRACIA

POLARIZACIÓN, TOTALITARISMO
Y RELATIVISMO



Prólogo de

JOSEPH WEILER

Cuando la democracia olvida al ser humano, deja de tener sentido.
Este libro propone el camino para restaurar la dignidad y el bien común.

SEKOTIA

JULIO BORGES JUNYENT
JUAN MIGUEL MATHEUS
RUDY ALBINO DE ASSUNÇÃO
PAOLA BAUTISTA DE ALEMÁN
(EDS.)

La crisis espiritual de la democracia

Polarización, totalitarismo, relativismo

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© JULIO BORGES JUNYENT, JUAN MIGUEL MATHEUS, RUDY ALBINO DE ASSUNÇÃO Y PAOLA BAUTISTA DE ALEMÁN, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: noviembre de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

EDITOR: Humberto Pérez-Tomé Román

CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Helena Montané

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

IMPRIME: Gráficas La Paz

ISBN: 979-13-87812-39-3

Depósito legal: CO-1980-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
PRÓLOGO	15
I	15
II	19
III	23
LAS RAÍCES DE LA CRISIS	25
LA CRISIS ESPIRITUAL DE LA POLÍTICA.....	27
La teleología de la inteligencia.....	33
¿Por qué situó la política en la cima de las creaciones humanas?	35
El fundamento de la ética.....	40
A vueltas con el progreso	43
La psicologización de la felicidad.....	44
La separación entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu.....	46
LO UNIVERSAL EN LA DEMOCRACIA Y SUS LÍMITES	47
Tensiones pluralistas: la irreductibilidad de las identidades	49
Límites de la democracia pluralista.....	51
Conciencia como límite y garantía de la democracia pluralista	56
Conclusión.....	61

LA CRISIS DE LA IDEA Y DE LOS FUNDAMENTOS DE LA DEMOCRACIA.....	67
La crisis de la idea democrática.....	67
La crisis de los fundamentos de la democracia.....	73
Los riesgos de la democracia	77
LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA: UNA VISIÓN DE CONJUNTO EN LA ESPAÑA DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX.....	81
¿España como problema?	82
El sistema de la restauración en crisis	83
La dictadura, ¿Una respuesta a la quiebra del liberalismo?	88
La segunda República como una opción democrática fallida	90
Epílogo	93
REPRESENTACIÓN Y POLARIZACIÓN	95
DE LA GLOBALIZACIÓN A LA POLARIZACIÓN: TECNOCRACIA, POPULISMO, CRISTIANISMO.....	97
Fe en la era de la globalización.....	97
Después del 11 de septiembre de 2001.	
El nuevo maniqueísmo teológico-político.....	105
EL POPULISMO EN DIEZ RASGOS. UN ANÁLISIS DE SU RESPUESTA A LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA	115
1. La construcción del pueblo agraviado	116
2. Nosotros-ellos.....	118
3. Una democracia directa y asamblearia	120
4. La deconstrucción de las instituciones	121
5. Controlando los medios de comunicación.....	123
6. El hombre-pueblo. El líder necesario	125
7. El reinado de las emociones. El hombre populista.....	127
8. Nacionalismo populista	129
9. Economía populista	130
10. La religión, ¿Imperio del mal o arma política?	132

POLARIZACIÓN Y ORDEN LIBERAL.....	135
Un poco de (historia de las) ideas	136
El Norte y el Sur.....	139
Formas diversas de polarización.....	141
¿Polarización - antipolítica? ¿El fin de la política?	145
PARTIDOS FRÁGILES:	
LA CRISIS ESPIRITUAL DE LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA ...	151
Sobre la representación política y los partidos políticos	154
Una aproximación al tipo humano de nuestro tiempo	167
Sobre los desafíos actuales de la representación y los partidos políticos.....	172
Propuestas para la rehabilitación de los partidos políticos en el mundo de hoy	178
DERECHO Y TOTALITARISMO	187
EL CREPÚSCULO DE LO POLÍTICO	
Y LA DERIVA DEMOCRÁTICA.....	189
<i>Demos</i> e independencia individual.....	189
Opacidades civiles e inciviles	194
De uno a otro leviatán	198
DEL DERECHO PILÁTICO AL DERECHO ORWELLIANO.....	203
La crisis espiritual de la democracia y su reflejo en la crisis espiritual del derecho	207
El derecho en perspectiva clásica.....	211
Derecho pilático y derecho orwelliano. Definiciones y características	214
La degradación espiritual del derecho	222
Otros problemas particulares de la degradación espiritual del derecho	226
La renovación del derecho como renovación de la cultura y de los valores del espíritu humano	231

LAS DEMOCRACIAS TOTALITARIAS.....	239
La persona humana pulverizada: libertarismo y progresismo	243
La crisis metafísica de la democracia	249
El libertarismo: La libertad sin verdad.....	253
Progresismo: la igualdad como dogma y el riesgo del colectivismo Estatal.....	255
Albert Camus: La Justicia como medida	257
LIBERTAD Y RELATIVISMO	265
EL SECRETO DE LA RESILIENCIA LIBERAL	267
LIBERTAD Y TOLERANCIA EN UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA. ¿ES COMPATIBLE LA DEMOCRACIA CON EL RELATIVISMO? ..	289
Tres paradojas	289
Ethos democrático y crisis de la democracia multicultural.....	293
Inclusivismo, laicismo y raíces culturales	299
Relativización axiológica y contraposición de valores	304
CIUDADANÍA, DESPLIEGUE DE LIBERTAD: PENSAMIENTO CRÍTICO, COMPROMISO CON EL BIEN COMÚN	307
Ciudadanía y ciudadanos en la polis	308
Empobrecimiento del espacio público: añoranza del <i>ágora</i>	313
<i>Despertar al «ciudadano» adormecido en el «consumidor»:</i> <i>la libertad para o libertad política</i>	323
El ciudadano del siglo XXI: pensamiento crítico, responsabilidad, compromiso con el bien	326
EDITORES Y AUTORES.....	331

«Soy demócrata porque creo en la caída del hombre. Creo que la mayoría de la gente es demócrata por la razón contraria. Gran parte del entusiasmo democrático proviene de las ideas de personas como Rousseau, que creían en la democracia porque pensaban que la humanidad era tan sabia y buena que todos merecían participar en el gobierno. El peligro de defender la democracia basándose en esos argumentos es que no son ciertos. Y cada vez que se pone de manifiesto su debilidad, quienes prefieren la tiranía sacan provecho de ello. No hace falta mirar más allá de mí mismo para comprobar que no son ciertas. Yo no merezco participar en el gobierno de un gallinero, y mucho menos de una nación. Tampoco lo merece la mayoría de la gente, toda aquella que cree en la publicidad, piensa en eslóganes y difunde rumores. La verdadera razón de la democracia es justo la contraria. La humanidad está tan degenerada que no se puede confiar a ningún hombre un poder ilimitado sobre sus semejantes. Aristóteles dijo que algunas personas solo eran aptas para ser esclavas. No lo contradigo. Pero rechazo la esclavitud porque no veo a ningún hombre apto para ser amo».

C. S. Lewis, *Present Concerns. Journalistic Essays*

PRESENTACIÓN

Editores

Este libro nace de una inquietud profunda y de una certeza compartida: la democracia, tal como la hemos conocido y defendido, atraviesa una crisis que va mucho más allá de lo político o institucional. Se trata de una crisis *espiritual*. Una crisis que afecta no solo a nuestras formas de gobernarnos, sino también —y sobre todo— a nuestra manera de comprender al ser humano, la libertad, la justicia y el sentido mismo de la vida en común.

La palabra crisis, en su raíz griega (*krisis*), significa juicio. Este libro es, en ese sentido, un juicio sereno pero firme, una reflexión coral y exigente sobre el estado del alma de nuestras democracias. Pero no es un juicio para condenar, sino para discernir, sanar y transformar. Porque creemos que la democracia no se agota en el acto de votar ni en el juego de mayorías y minorías. No es simplemente un procedimiento, ni una suma de libertades individuales desconectadas de toda responsabilidad moral o verdad compartida. La democracia verdadera nace y se sostiene sobre una visión clara del ser humano, sobre una idea de justicia que trasciende al Estado y sobre valores prepolíticos que no pueden ser negociados: la dignidad, la verdad, el bien común.

Esta obra reúne a 15 autores de primera línea del pensamiento filosófico contemporáneo, de países de Europa, de

Hispanoamérica y los Estados Unidos. Sus voces, diversas pero unidas en una preocupación común, se entrelazan aquí para abrir una conversación profunda y urgente sobre el destino de nuestras sociedades democráticas. Es un intento por devolver el debate político a sus raíces más humanas, éticas y trascendentes. Porque solo yendo al fondo de los problemas podremos encontrar respuestas verdaderas.

Este libro no es un cierre, sino una apertura. Un punto de partida. Queremos que sus páginas sirvan de inspiración y desafío, especialmente para los jóvenes universitarios, los buscadores de sentido, los que aún creen que el pensamiento puede cambiar el mundo y que la política, lejos de ser una lucha por el poder, puede volver a ser una forma de amor al prójimo.

Desde esta visión, rechazamos una de las grandes mentiras modernas: la idea de que el mundo se divide entre políticos y no políticos. Esa separación es una perversión que ha empobrecido la democracia y ha debilitado la responsabilidad ciudadana. Nosotros afirmamos que todos somos políticos, en tanto que todos formamos parte de una comunidad viva que se organiza, que busca el bien común, que exige justicia. La única distinción válida es entre gobernantes y gobernados. Y esta distinción convoca a todos —sin excepción— a pensar, actuar y decir algo sobre la salud de la democracia en sus países. No desde la indiferencia ni desde el cinismo, sino desde el compromiso con lo que somos y con lo que podemos llegar a ser.

Hoy, más que nunca, resuenan con fuerza las palabras del Papa León XIV: «El mal no prevalecerá». No prevalecerá mientras haya seres humanos dispuestos a luchar por la justicia, por la verdad, por la dignidad de cada vida. Ese es el espíritu que anima estas páginas. Y esa es la invitación que hacemos al lector: pensar, discernir, comprometerse. Porque la crisis espiritual de la democracia no es solo un diagnóstico: es también una oportunidad para renacer.

PRÓLOGO

Joseph Halevi Horowitz Weiler

*No solo de pan vive el hombre (Dt 8, 3; Mt 4, 4):
¡No es la economía, estúpido; es el espíritu humano!*

I

Al recibir el Premio Carlomagno en mayo de 2016, el papa Francisco preguntó de forma conmovedora: «Europa, ¿qué te ha sucedido?». La pregunta es aún más pertinente hoy ante la creciente ola del llamado populismo, que ya no puede descartarse como un fenómeno periférico o limitado a un par de países con una corta tradición democrática. Se manifiesta tanto en un extendido euroescepticismo como en un desafío a los valores fundamentales de la democracia liberal.

Aunque este prólogo tendrá un enfoque en la historia europea, sabemos que este fenómeno se ha vuelto universal: no es necesario enumerar la cantidad de países afectados por el llamado «populismo». Con los ajustes necesarios a las especificidades culturales y políticas de cada contexto, la lección europea resultaría relevante en cualquier otra parte del mundo.

Los crecientes desafíos en la actualidad sobre la democracia son, de manera algo paradójica, más amenazantes que sus

iteraciones anteriores. Me refiero a la época pasada de golpes de Estado militares que derrocaban regímenes democráticos y los reemplazaban con gobiernos de coroneles. Grecia, Argentina, Chile... la lista sigue. Hoy, la democracia es subvertida por la propia democracia. Orban, por dar solo un ejemplo, fue elegido dos veces (!) mediante un proceso electoral perfectamente libre. Con su defensa de una «democracia iliberal» (un oxímoron), fue la elección democrática libre del pueblo húngaro.

Entonces, ¿cómo explicar el ascenso de —y la fascinación popular de grandes segmentos de la sociedad hacia— líderes no democráticos que dan la espalda a lo que parecían ser los valores fundamentales de la democracia liberal?

Aquellos que creen que la respuesta se puede encontrar completamente en el ámbito material —el desempleo y la distribución desigual de los desiertos del globalismo— están equivocados. Si bien estos factores económicos son relevantes, no bastan para explicar el atractivo de los llamados populistas en sociedades y sectores que no encajan en un descontento que proviene únicamente de la insatisfacción económica. Además, esta interpretación reduce de manera irrisoria a la persona humana, limitándola únicamente a sus necesidades materiales.

(De paso, debo decir que considero que la denominación de «populistas» es inútil. ¿Si me gustan, son populares? ¿Si no, son populistas?).

Los problemas sobre los valores y el bienestar espiritual de la persona no son menos importantes a la hora de responder a la pregunta de Francisco y de explicar el ascenso de estos regímenes. No creo ni por un minuto que, por ejemplo, un tercio de la sociedad francesa se haya vuelto fascista de repente, y esto también es cierto en los Países Bajos, en Italia, en Polonia, y así sucesivamente. La respuesta debe buscarse más allá de las condiciones materiales, por importantes que estas sean.

Quiero comenzar con un postulado —que, por su naturaleza, no puede ser realmente probado, aunque creo que está

más allá de toda duda—: la condición humana es tal, que cada uno de nosotros, consciente o subconscientemente, busca satisfacer no solo las necesidades materiales egoístas, sino también las metafísicas y, entre ellas, primero y ante todo, el deseo, la necesidad, de dar significado y sentido a nuestras breves vidas, un significado y un sentido que va más allá de lo que sirve a los propios intereses.

Los valores juegan un papel en la satisfacción de ese impulso primordial. Y es aquí donde encontramos un gran déficit en la manera en que hemos articulado y llegado a comprender los «valores» de la democracia liberal.

¿Cuáles son esos valores liberales? Una y otra vez nos enfrentamos a la nueva Santísima Trinidad: Democracia, Derechos Humanos, Estado de derecho. Sí, Europa (y otras democracias liberales) defiende estos valores. Y efectivamente, nunca deberíamos aceptar vivir en una sociedad que no respete y honre estos principios. La metáfora de la Santísima Trinidad es más que una ironía: al igual que la verdadera Santísima Trinidad, estos son tres que son uno: indivisibles. No se puede tener democracia sin derechos fundamentales; eso sería simplemente un regreso a la tiranía de la mayoría. Hitler (y Mussolini) fueron enormemente populares en su época y llegaron al poder «democráticamente». Del mismo modo, no se pueden tener derechos humanos sin el Estado de derecho. Es por esta razón que la idea de una «democracia iliberal» es ontológicamente una imposibilidad, un oxímoron. Puede ser la voluntad del pueblo, pero eso no la convierte en democracia. Hay más en el concepto de democracia que el simple paradigma: la democracia es lo que el pueblo quiere democráticamente. «Democráticamente», se podría decidir matar, digamos, a todos los budistas. ¿Llamaríamos a tal régimen democracia?

Sea como sea, hay un aspecto de los valores de esta Santísima Trinidad que rara vez se discute. Los derechos fundamentales garantizan nuestras libertades, pero no nos dan orientación

sobre cómo ejercer esas libertades. Se puede usar la libertad de expresión, por ejemplo, para ser vil. Se puede ser mezquino, egoísta, insensible y carecer de caridad y misericordia, y aun así, no violar los derechos humanos de nadie.

La democracia es una tecnología de gobernanza, indispensable. Pero no nos dice cómo ejercer el poder de gobernanza otorgado democráticamente. *Una democracia de personas malvadas será malvada, incluso si es democrática.* Y si esto es cierto para las libertades, obviamente también lo es para el Estado de derecho: siempre que nuestras leyes no transgredan los derechos humanos fundamentales, pueden ser indiferentes, socialmente injustas e incluso draconianas, y aun así, el Estado de derecho seguiría considerándose intacto.

Permítanme, por tanto, no andarme con rodeos: la Santísima Trinidad del liberalismo —los valores de la democracia, los derechos humanos y el Estado de derecho— por importantes que sean, son en cierto sentido vacíos. Proveen las condiciones para una acción legítima, individual y colectiva, pero no su contenido. Son una condición necesaria, pero no suficiente, para satisfacer la búsqueda primordial de las vidas humanas de significado y trascendencia.

En este sentido, entonces, la nueva «Santísima Trinidad» no es más que un marco que debe ser llenado. Son como el oxígeno de la vida física. Necesitas oxígeno para vivir, pero el oxígeno no determina cómo será vivida tu vida.

Permítanme entonces mencionar tres de los valores clásicos que han desaparecido de nuestra vida pública europea y que en el pasado se encargaban precisamente de eso. Podríamos desear llamarlos la Falsísima Trinidad de los Valores.

II

Se encuentran en tres procesos que comenzaron como reacciones a la Segunda Guerra Mundial y han evolucionado a lo largo de las últimas ocho décadas.

LA CAÍDA DEL PATRIOTISMO COMO DISCIPLINA DEL AMOR

El Primer Proceso. Por razones completamente comprensibles, la propia palabra «patriotismo» se volvió «impublishable» después de la guerra, especialmente en Europa occidental. Los regímenes fascistas (entre otros), al abusar de la palabra y del concepto, la habían «borrado» de nuestra conciencia colectiva. Y, en muchos aspectos, esto ha sido algo positivo. Pero también pagamos un alto precio por haber desterrado esta palabra —y el sentimiento que expresa— de nuestro vocabulario psico-político.

Porque el patriotismo también tiene un lado noble: la disciplina del amor, el deber de cuidar de la patria y de su gente, de nuestros conciudadanos; de aceptar nuestra responsabilidad cívica hacia la comunidad en la que vivimos. En realidad, el verdadero patriotismo es lo opuesto al fascismo: el patriotismo fascista postula que el ciudadano pertenece al Estado, que *Deutschland ist über alles*. En cambio, en el patriotismo democrático no pertenecemos al Estado, sino que el Estado nos pertenece a nosotros, y somos responsables de él y de lo que en él sucede.

Este tipo de patriotismo es una parte integral e indispensable de la forma republicana de la democracia. Hoy en día, podemos llamarnos «Repúblicas» de Italia, o de Francia o *Bundesrepublik*, pero nuestras democracias ya no son verdaderamente republicanas. Existe «el Estado», existe «el gobierno» y luego estamos «nosotros». Es ellos y nosotros. Somos como accionistas de una empresa. Si la dirección de la empresa

llamada «la República» no produce dividendos políticos y materiales, cambiamos de gerentes con un voto en una reunión de accionistas llamada «elecciones». Si algo no funciona en nuestra sociedad, acudimos a los «directores», tal como hacemos, por ejemplo, cuando nuestra conexión a internet no funciona: «Pagamos (nuestros impuestos) y mira el pésimo servicio que nos están dando...». El Estado es siempre el responsable. Nunca nosotros. Es una democracia clientelista que no solo nos quita la responsabilidad que tenemos hacia la sociedad y nuestro país, sino que también nos exime de la responsabilidad inherente a nuestra propia condición humana.

Nota bene: No les apuntemos ni culpemos a «ellos». Nosotros, los ciudadanos, somos los principales responsables de esta situación.

LA CULTURA DE LOS DERECHOS Y SUS DESCONTENTOS:

LA NORMA Y EL PAPEL DE LA LEY

El segundo proceso que ayuda a explicar lo que ha sucedido en Europa, y en otros lugares, surge, una vez más, como una reacción a la guerra, y es paradójico. Hemos aceptado, tanto a nivel nacional como internacional, una obligación seria e irreversible arraigada en nuestras Constituciones: la de proteger los derechos fundamentales de los individuos, incluso contra la tiranía política de la mayoría.

A un nivel más general, nuestro vocabulario político-jurídico se ha convertido en un discurso sobre derechos legales. Los derechos de un ciudadano alemán, italiano o español están protegidos por nuestros tribunales y, sobre todo, por los Tribunales Constitucionales. Pero también por el Tribunal de Justicia de la UE en Luxemburgo y, nuevamente, por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos en Estrasburgo. Es suficiente para hacer que a uno le dé vueltas la cabeza. Y esto es cierto para los demás Estados miembros y para otros lugares de lo que antes se llamaba el Mundo Libre.

Solo pensemos en lo común que se ha vuelto, en el discurso político actual, hablar cada vez más de «derechos». Hoy en día, se intenta convertir cualquier acción política en una acción legal sobre los derechos, y se usan los tribunales, una y otra vez, para alcanzar nuestros objetivos políticos. Es enormemente importante. Nunca querría vivir en un país en el que los derechos fundamentales no se defiendan de manera efectiva. Pero aquí también —al igual que con el destierro del patriotismo— pagamos un alto precio. De hecho, pagamos dos precios.

En primer lugar, la noble cultura de los derechos pone al *individuo en el centro*, pero poco a poco, casi sin darnos cuenta, lo convierte en un *individuo egocéntrico*. Atomiza al individuo, puesto que la mayoría de las batallas por los derechos fundamentales enfrentan al individuo y sus libertades contra el bien colectivo.

Y el segundo efecto de esta «cultura de los derechos» —que es un marco común a todos los europeos, y también es cierto en otros lugares—, es una especie de debilitamiento de la especificidad política y cultural de la propia identidad nacional única.

La noción de dignidad humana —el hecho de que hemos sido creados a imagen de Dios— contiene, al mismo tiempo, dos facetas. Por un lado, significa que todos somos iguales en nuestra dignidad humana fundamental: ricos y pobres, italianos y alemanes, hombres y mujeres, gentiles y judíos. Por otro lado, reconocer la dignidad humana implica aceptar que cada uno de nosotros es un universo entero, distinto y diferente de cualquier otra persona.

Y lo mismo ocurre con cada una de nuestras sociedades. Desarraigar la especificidad cultural de cada una de nuestras naciones y sociedades significa comprometer un elemento esencial de nuestra dignidad. Cuando este elemento de diversidad se ve disminuido o ridiculizado, nos rebelamos.

Y dado que, con solo pequeñas diferencias de matiz, nuestro valor supremo como europeos (y esto también es cierto en

otras democracias liberales) es nuestra creencia en la Santísima Trinidad de los Derechos, la Democracia y el Estado de Derecho (y, afortunadamente, así es), las especificidades de nuestras identidades tienden a ser devaluadas.

SECULARISMO

El tercer proceso que explica lo que ha sucedido en Europa es la secularización. Permítanme ser claro: esta observación no es una reprimenda evangélica. No juzgo a una persona por su fe o su falta de ella. Y aunque, para mí, es imposible imaginar el mundo sin el Señor —bendito sea—, también conozco a muchas personas religiosas que son detestables (pensemos en los sacerdotes pedófilos) y a muchos ateos con un carácter moral intachable.

Entonces, ¿por qué menciono la secularización? El proceso de secularización también comenzó con la Segunda Guerra Mundial. ¿Quién de nosotros, después de haber visto las montañas de zapatos de millones de niños asesinados en Auschwitz, no se hizo la pregunta: Dios, ¿dónde estabas?

La importancia de la secularización radica en el hecho de que una voz que en su momento fue universal y omnipresente, una voz que enfatizaba el deber y la responsabilidad y no solo los derechos, la responsabilidad personal ante lo que nos sucede a nosotros, a nuestros vecinos, a nuestra sociedad, y no el recurso instintivo a las instituciones públicas, prácticamente ha desaparecido de la praxis social.

En la Iglesia no se habla de los derechos que uno tiene frente al Estado y los demás, sino de los deberes hacia la sociedad y hacia los demás. Hoy en día, ningún político en Europa ni en ningún otro lugar podría, o querría, repetir el famoso discurso de investidura de Kennedy en 1960: «No preguntes qué puede hacer tu país por ti, sino qué puedes hacer tú por tu país...». Cualquier cosa que salga mal en nuestra sociedad siempre es responsabilidad de otros, nunca nuestra.

III

Es totalmente comprensible que hayamos llegado a desconfiar del patriotismo y de la política de identidad al ver la forma abusiva en que fueron instrumentalizados en el pasado de Europa. Pero también hemos sido incapaces de separar el trigo de la paja, y es así como han llegado los nuevos populistas, a menudo con las formas viejas y abusivas.

Es fácil entender el atractivo del nacionalismo, por ejemplo: como miembro de una comunidad nacional, tengo un pasado y un futuro que van más allá de mi interés individual. Las cualidades nacionales resaltan aquello que es especial y único, y así se convierten en parte del acervo identitario del individuo. Además, apelar al deber y la responsabilidad de las personas las empodera y otorga a sus acciones un significado que trasciende su propio interés. Sobre todo, infunde respeto y autoestima.

Nuestro error histórico fue no comprender la enorme importancia de los valores espirituales y adaptarlos a una narrativa progresista moderna que combinara las llamadas Santísima y Falsísima Trinidades de valores. En la mayoría de las sociedades rechazamos el comunismo como una forma legítima de gobierno, pero seguimos aferrados a su visión del ser humano como *Homo Economicus*. Existe una manera de celebrar y respetar el amor por la sociedad y el país, la cualidad del patriotismo liberal, de vincular derechos con deberes, de cultivar un sano respeto por la identidad y cultura colectivas sin caer en el atavismo ni en el chovinismo, de ejercitar lo mejor de la herencia judeocristiana, incluso si se ha perdido la fe religiosa.

Cuando concebimos la condición humana bajo la lente del *Homo Economicus*, la prosperidad material se convierte también en la medida del valor humano. Antes, cualquier trabajo era considerado honorable y digno de respeto. En el marco de valores actual, solo el trabajo que enriquece goza de tal respeto. Y dado que la educación es la clave para acceder a ese tipo de

trabajo, las inevitables y evitables desigualdades en educación conducen a una desigualdad en la dignidad.

En este contexto, no se puede exagerar la centralidad del respeto (y la falta de él) para el bienestar humano. Si consideramos cómo en nuestras diversas constituciones y cartas de derechos hemos puesto la inviolabilidad de la dignidad como nuestro derecho humano primordial, podemos comprender cuán poderoso será el impacto de esta falta de respeto, tanto real como percibida, en la arena política. La sensación de desigualdad material parece poco en comparación con la sensación de desigualdad y privación en términos de dignidad. No basta con afirmar que, a nivel personal, uno no desprecia a las personas por su condición económica, si el sistema en su conjunto privilegia de manera tan desmesurada el bienestar material y la prosperidad.

Pero estas consideraciones no forman parte del programa de la política dominante ni del discurso democrático. Todo lo que escuchamos es una narrativa sobre el empleo, el crecimiento y una distribución más equitativa de los beneficios económicos; sobre cómo gestionar mejor nuestros mercados y nuestra prosperidad. Todo ello es increíblemente valioso, pero falla en entender que no solo de pan vive el hombre. Por otro lado, vemos un retorno a la trinidad mussoliniana de Patria (chovinista y atávica), Chiesa (jerárquica) y Familia (patriarcal). Ambas opciones son estériles y dejan un vacío en el centro.

Quizá sea momento de que nosotros, los *bien-pensants* de la sociedad, hagamos un ejercicio de introspección. Hasta que llenemos este vacío, el terreno quedará libre para personajes como Orbán y sus aliados.

LAS RAÍCES DE LA CRISIS

LA CRISIS ESPIRITUAL DE LA POLÍTICA

José Antonio Marina

Me tomo la Filosofía en serio. No es un manual de autoayuda, ni una colección de aforismos, ni el despliegue conceptual de una concepción personal del mundo. La filosofía es una ciencia sistemática. Esto plantea una dificultad expositiva. Hay que tratar cualquier tema dentro de la totalidad del sistema, lo que por limitación de espacio obliga a hacer afirmaciones que pueden parecer infundadas y referencias que pueden parecer extemporáneas. Muchas de las que voy a hacer en este texto remiten a algunos de mis libros, no por egolatría, sino porque llevo toda mi vida profesional empeñado en elaborar una teoría sistemática de la inteligencia humana que comienza en la neurología y termina, sin yo pretenderlo, en la ética. A sabiendas de que voy contra todas las modas filosóficas actuales, que abominan del sistema, pienso que cada nueva solución a un problema debe integrarse en él o debe refutarlo. Desde este marco me enfrento al tema propuesto: la crisis espiritual de la democracia.

Constantemente utilizamos palabras confusas, que dan lugar a debates también confusos, que no pueden conducir a conclusiones claras. A partir de Wittgenstein hay un cierto escepticismo sobre las definiciones, porque se ha dado más importancia a los juegos de lenguaje y a los parecidos de familia. Esto vale en el uso cotidiano del lenguaje. En efecto, en

nuestro diccionario biográfico cada palabra abre un campo semántico con muchas redes y resonancias. Cada uno tenemos nuestro propio idiolecto¹. Pero cuando queremos entendernos, deseamos hacer ciencia o elaborar un pensamiento riguroso, tenemos que comenzar definiendo los términos, como ya decían los lógicos clásicos. Es una tarea minuciosa que puede resultar aburrida sobre todo para los impacientes que quieren llegar inmediatamente a las conclusiones. Me recuerdan una viñeta de *The New Yorker* en la que un juez desde lo alto de su estrado dice a los abogados: «Para acelerar el procedimiento, prescindiremos de las pruebas y pasaremos directamente a la sentencia». Pues algo parecido hacen los que pretenden prescindir de las definiciones para acelerar el discurso: quieren llegar a conclusiones tajantes, sin pasar por el argumento.

«Espiritual» es uno de esos términos confusos. Desde un punto de vista ontológico se opone a «material». Supone admitir que hay seres materiales y seres espirituales (alma, ángeles, Dios). Se trata de un concepto negativo, porque solo podemos definirlo por negación de lo que conocemos. Una sustancia espiritual sería aquella que tendría propiedades opuestas a las que tiene la sustancia material. No ocuparía lugar, no tendría partes, carecería de cualidades, sería incorruptible e ilimitada. Poco más se puede decir. La Teología negativa fue coherente con este hecho y defendió que de Dios solo se podía saber lo que no era. El pensamiento hindú equiparó espíritu y conciencia. En este caso, la espiritualidad consistiría en volverse hacia el interior de uno mismo, poner entre paréntesis el cuerpo e intentar encontrar en el fondo de la intimidad el Absoluto. Estas interpretaciones ontológicas del espíritu están presentes en la mayor parte de las religiones, que admiten que el mundo

1 J. A. Marina, *La selva del lenguaje* (Barcelona: Anagrama, 1998), pp. 50-69.

visible es símbolo de lo invisible con el que podemos entrar en contacto mediante la experiencia de lo santo².

Las otras interpretaciones ya no son metafísicas, sino antropológicas. Una de ellas opone «espiritual» a «materialista». El materialista es una persona que no trasciende los límites del interés material, inmediato, hedónico, que rebaja las aspiraciones e intereses del ser humano. Este significado de «espiritual» es el que, por ejemplo, se incorporó al sistema educativo inglés. El Parlamento ordenó que la educación espiritual formara parte del currículo educativo. Precisar en qué podía consistir esa educación dio lugar a interesantes debates. Al final, según la *Office for Standards in Education* del Reino Unido (OFSTED), «el desarrollo espiritual debe promover en los alumnos la reflexión sobre sus propias vidas y la condición humana a través, por ejemplo, de la literatura, la música, el arte, la ciencia, la educación religiosa y la relación con lo sagrado»³.

Paralelamente, en Psicología, sobre todo en la línea abierta por la teoría de las inteligencias múltiples de Howard Gardner, se ha comenzado a estudiar la «inteligencia espiritual» como una competencia de segundo nivel, capaz de distanciarse de la realidad para poder reflexionar sobre ella, de trascender los impulsos inmediatos, o las circunstancias cotidianas, de admirarse ante la belleza, de sentirse parte de un gran todo y dejar de considerarse el ombligo del mundo, de buscar el sentido de la vida descubriendo una misión. En gran parte se identifica con

2 Cf. R. Otto, *Lo Santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios* (Madrid: Alianza, 2016).

3 OFSTED, *Spiritual, Moral, Social and Cultural Development London, Promoting and evaluating pupils' spiritual, moral, social and cultural development* (1994).

una inteligencia filosófica en el sentido que la entendía Sócrates al decir que «solo valía la pena vivir una vida reflexionada»⁴.

Una última interpretación del «espíritu» procede del idealismo alemán. El espíritu es el despliegue de la razón, y se objetiva en la cultura. Nicolai Hartmann, a mi juicio el filósofo más completo del siglo XX, organizó su sistema ontológico en cuatro estratos, cada uno de los cuales se construye sobre el anterior: materia, vida, conciencia, espíritu. El espíritu objetivo lo constituyen las creaciones ideales producidas por la inteligencia⁵. Un modelo análogo, aunque menos elaborado, es el de Karl Popper, que afirmaba la existencia de tres mundos: el físico (Mundo 1), el psicológico (Mundo 2) y el mundo ideal (Mundo 3). Ejemplos de esos mundos: piedras (M 1), emociones (M 2), ecuaciones matemáticas (M 3); sustancias químicas (M 1), pensamientos (M 2), teorías éticas (M 3). La evolución humana ha ido creando un Mundo 3 cada vez más complejo y rico. Es el que estudian las «ciencias del espíritu» que, desde la obra de Wilhem Dilthey, se separan de las «ciencias de la naturaleza»⁶. Esta estratificación de la realidad tiene su correlato en el mundo de la acción mediante la jerarquía de valores, tal como la expuso Max Scheler. Distinguió cuatro niveles: los valores del placer, de lo agradable y desagradable sensorial; los valores de la vitalidad, asociados con la vida y su preservación, con la salud y la fuerza; los valores espirituales, relacionados con la verdad, la belleza y la bondad; y por último, los valores sagrados, que pertenecen a lo divino y a lo sacro, al significado último de la existencia. Scheler no incluye en esta jerarquía los

4 H. Gardner, *La inteligencia reformulada. Las inteligencias múltiples en el siglo XXI* (Barcelona: Paidós, 2012).

5 N. Hartmann, *El problema del ser espiritual* (Buenos Aires: Leviatán, 2007).

6 K. Popper, *Conocimiento objetivo: un enfoque evolucionista* (Madrid: Tecnos, 2005).

valores morales, porque consistirían en la realización de los valores de acuerdo con su jerarquía⁷.

¿Qué significado de «espiritual» debemos utilizar en la expresión «crisis espiritual de la democracia»? Voy a definir «espiritual» como aquello que tiene relación con los valores o los estratos ontológicos que superan el nivel de la mera naturaleza, ya que derivan de la cultura, y dentro de las creaciones culturales las que van más allá de la utilidad, de la búsqueda del placer, de los intereses materiales, y revelan la «teleología de la inteligencia humana» que busca trascender las condiciones de origen: superar las limitaciones, dar significados nuevos a las cosas, expandir las propias posibilidades. Un ateo confeso como Jean-Paul Sartre reconocía que en el ser humano latía un deseo no formulado de ser dios. Llamó «trascender» a ese ímpetu, que acaba buscando formas más altas de vida, que se alejen de la mera regulación por la fuerza, y por la sumisión a instintos primarios. Me gusta describir el «espíritu» utilizando la inscripción que Caius Julius Lacer, el arquitecto del Puente de Alcántara, puso en su obra: *Ars ubi materia vincitur ipsa sua* (Arte mediante el cual la materia se vence a sí misma). El arquitecto se refería a la arquitectura y a su capacidad de aprovechar la ley de la gravedad para elevar grandes arcos que la vencían. Yo lo aplico al espíritu: es el poder mediante el cual la materia se vence a sí misma. ¿Cómo? Creando mundos ideales, pensando, inventando. Las «ciencias del espíritu» se encargan de estudiar la realidad creada por la actividad humana y por ese afán ascendente, que es un deseo universal. En todas las culturas que conozco, lejanas o cercanas, existe una misma simbología del espacio: lo alto es lo bueno; lo bajo, lo detestable. Platón ya lo había dicho en *El banquete*: «El mundo de aquí es

7 M. Scheler, *El formalismo en la ética y la ética material de los valores* (Madrid: Caparrós, 2000).

imagen, corrupción, deficiencia comparado con el que está por encima del cielo. ¿No te das cuenta de que solo allí, donde el ser humano ve lo bello, podrá engendrar, no simulacros de excelencia, ya que no está captando simulacros, sino la verdadera existencia, pues está aprehendiendo la verdad?». ⁸ Los grandes analistas del ser humano han reconocido ese imparable deseo. Séneca elogió a los esforzados hombres que «en sí propios hallaron el ímpetu y subieron en hombros de sí mismos». El piadoso san Buenaventura advirtió que cualquiera fracasaría *nisi supra seipsum ascendat*, si no es capaz de ascender sobre sí mismo. Y Nietzsche hace decir a Zarathustra: «Ahora me veo a mí mismo por debajo de mí» ⁹. Tucídides hablaba de un «eros de zarpar» ¹⁰, movidos por el deseo de botín, de gloria, de nuevos conocimientos. El lenguaje también recoge esa inquietud por elevarse en una palabra misteriosa: superarse. Superar significa vencer en una competición. ¿A qué competidor representa ese reflexivo (superar-se)?: a uno mismo. ¡Qué profunda intuición lingüística!

Ya podemos preguntarnos ¿está en crisis la democracia? Sí. Según los principales índices que tenemos (Índice de democracia del *Economist Intelligence Unit*, *Informe Freedom in the World*, publicado por *Freedom House*, Índice de libertad de prensa, de Reporteros sin fronteras, etc.), las democracias están deteriorándose. Hay un auge de los sistemas autoritarios, facilitado por el desinterés por la democracia que se observa en los países democráticos. En Europa, el porcentaje de personas que considera como esencial vivir en un país que esté gobernado democráticamente se ha ido reduciendo ininterrumpidamente desde 1950 y en la actualidad se sitúa por debajo del 50 %. Pero más grave aún es que esta desafección es mayor entre los

8 Platón, *Banquete*, 21 lb-212a.

9 F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra* (Madrid: Alianza, 1972), p. 75.

10 Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, IV, 24.

más jóvenes. Los ciudadanos de las democracias avanzadas de Europa occidental y de Estados Unidos consideran cada vez menos importante vivir en un país gobernado democráticamente. Las cohortes más jóvenes se sitúan entre las que creen que vivir en una democracia no es algo indispensable. Están dispuestos a vivir en una dictadura que les asegure el bienestar económico.

Esto me parece síntoma de una crisis, utilizando este término en su acepción de «intensificación de los síntomas de una enfermedad». La enfermedad de la democracia, lo que hace que sea una crisis espiritual, es el olvido de la «teleología trascendente» de la inteligencia humana, la reducción de sus aspiraciones, que se manifiesta también en el desdén por las ciencias del espíritu que deben estudiarla, y que están apabulladas por el éxito, por otra parte magnífico, de las ciencias de la naturaleza. Relacionar la democracia con la «teleología de la inteligencia» exige una explicación.

LA TELEOLOGÍA DE LA INTELIGENCIA

Según el gran genetista Theodosius Dobzhansky, ningún fenómeno vital puede comprenderse si no se lo estudia en una perspectiva evolutiva. Eso sucede con el ser humano y con la cultura. Hay un consenso científico en afirmar que la evolución natural no tiene un fin prefijado desde su origen, no es un proceso teleológicamente orientado. La evolución biológica no estuvo diseñada para llegar al ser humano. En cambio, la actividad humana sí funciona tendiendo a fines, anticipados por los deseos y los proyectos. Las sociedades, las naciones, los pueblos, las iglesias no piensan: solo piensan los miembros de esas colectividades, cada uno con sus propios fines. Pero de la interacción de esos pensamientos y fines particulares emerge lo que denominamos pensamiento colectivo. La tensión individual

hacia los fines la resumimos de una manera simplista e imperfecta diciendo que el ser humano «busca la felicidad», lo que constituye el motor de la actividad humana, un motor interminable porque, como señaló Tomás de Aquino, «los deseos que proceden de la fisiología son finitos, pero los que proceden de la razón son infinitos»¹¹.

La capacidad de desear no se sacia con ningún deseo satisfecho, como reconoció Aristóteles: «Siendo ilimitado el deseo, los humanos desean lo infinito»¹². Esta infinitud tiene un doble efecto. Provoca una permanente inquietud en el ser humano, pero a la vez le impulsa a una búsqueda continua, en la que va descubriendo nuevos valores y formas nuevas de vivir. Por ejemplo, los grandes maestros religiosos —los creadores de mitos, los autores de los Upanishad, Buda, Confucio, los profetas de Israel, Jesús de Nazaret, Mahoma— y también los grandes pensadores —Platón, los filósofos helenistas, los teólogos medievales, Nietzsche, Marx, Freud, los existencialistas— presentan nuevos fines, nuevos motivos, nuevas maneras de satisfacer esa búsqueda interminable, nuevos modos de sentir¹³. Cuando hablamos de encontrar el sentido de la vida, nos estamos refiriendo a dar contenido a ese afán teleológico, en el que reconocemos un deseo de trascender la situación actual, de ir más allá, de alcanzar niveles más altos en el conocimiento, en la satisfacción, en el poder, de sentirnos comprometidos con una misión. Agustín de Hipona interpretó esa inquietud como la búsqueda de Dios: «Inquieto está mi corazón hasta

11 Tomás de Aquino, *Sum. Theol.* I-II, 30. 4.

12 Aristóteles, *Política*, I, 3.

13 Cf. H. Bergson, *Las dos fuentes de la moral y la religión* (Madrid: Trotta, 2020).

que descanse en ti»¹⁴. Nietzsche como el paso del hombre al superhombre.

Lo que permitió al ser humano imaginar fines fue su capacidad para manejar signos, es decir, representaciones mentales de las cosas. Eso le permitió vivir a la vez en el mundo real y en el mundo pensado, en el mundo natural y en el mundo cultural, es decir, en lo material y lo espiritual en el sentido que hemos definido. Somos seres híbridos de naturaleza y cultura, composición que algunos metafísicos han interpretado como la unión de alma y cuerpo. No es preciso llegar tan lejos. El reino del espíritu es el reino de los significados ideales creados por la inteligencia humana. En ese proceso inventivo, impulsado y dirigido por el deseo interminable, por la búsqueda de la felicidad, han ido apareciendo las grandes creaciones humanas: el lenguaje, la escritura, las religiones, el arte, y, sobre todo, la política, que es la más alta creación humana.

¿POR QUÉ SITÚO LA POLÍTICA EN LA CIMA DE LAS CREACIONES HUMANAS?

Afirmar que la política es la más alta creación humana, en un momento en que está desacreditada, parece una insensatez. Sin embargo, insisto en ello porque la difusión de ese desprestigio es una de las razones de la «crisis espiritual de la democracia». De hecho, este libro podría haberse titulado «La crisis espiritual de la política», que es como he titulado este capítulo. Paso a explicarlo, de nuevo en clave evolutiva.

Nuestros antepasados prehistóricos vivían en pequeños grupos, pero la búsqueda de seguridad y las ventajas de la cooperación —es decir, la teleología de la felicidad— les impulsaron

14 Agustín de Hipona, *Las confesiones. Obras completas. Tomo II* (Madrid: BAC, 2019) 1,1.

a crear ciudades. La aparición de la polis es un acontecimiento «trascendental», una superación de límites, una ampliación de posibilidades que supuso un cambio radical en su modo de vivir. Aparece la política como forma de vivir en la polis. Tres palabras que derivan de «ciudad» en griego y en latín, revelan su importancia: urbanidad, política, civilización. No todo eran ventajas, desde luego, porque la convivencia expandida supone también la ampliación de los conflictos entre intereses individuales. La inteligencia lo resolvió creando sistemas normativos. Soy ferviente admirador del arte, de la ciencia, de la tecnología, pero creo que la invención de las morales es la máxima creación de la inteligencia humana. En esto coincido con Friedrich Hayek, premio Nobel de Economía, un pensador con el que disiento en muchas otras cosas. Decía que la moral no era una creación de la razón, sino al contrario, la razón era una consecuencia de la moral¹⁵. La necesidad de coordinar proyectos diferentes de felicidad obligó a perfeccionar los debates, a argumentar, a disciplinar el pensamiento, siempre dispuesto a trabajar *pro domo sua*, y obligarlo a interactuar con los demás. El uso racional de la inteligencia es, precisamente, un uso intersubjetivo. Frente al uso privado aparece el uso público, en el que las inteligencias individuales producen resultados diferentes porque las creencias individuales se enfrentan entre sí y se van corrigiendo mutuamente. Antonio Machado escribió: «En mi soledad/ he visto cosas muy claras/ que no son verdad»¹⁶. La razón compartida produce resultados que su uso privado no podría alcanzar, como la ciencia y la moral.

La Política, como ciencia o arte de organizar la vida en la ciudad, tuvo que crear el entorno necesario para que los ciudadanos pudieran realizar sus proyectos privados de felicidad, su

15 Cf. F. Hayek, *La fatal arrogancia* (Madrid: Unión, 1990), p. 55.

16 A. Machado, *Poesías completas*, Prólogo de Manuel Alvar (Madrid: Espasa-Calpe, 1975), p. 270.